



LA MANO DE DIOS.

I.

Ya sabréis, amiguitos, que la tradición es la historia que no suele escribirse en libros, y sin embargo va pasando de boca en boca, dejando atrás al tiempo, con mayor ó menor alteración en la forma, pero con verdad en el fondo. Los pueblos meridionales, dotados principalmente de una rica imaginación, y con grande inventiva por consecuencia, no transmiten los hechos tradicionales con tanta exactitud como los pueblos del Norte, aunque los cubren de galas más vistosas, ora representando desgracias, ora como expresión de venturas. Los del Norte, en cambio, los conservan con fidelidad escrupulosa, y los revelan con una sencillez nunca desprovista de atractivo.

Advirtiendo que la tradición que voy á contaros tuvo lugar en Asturias, comprenderéis que pertenece al número de las no exageradas por la imaginación de un vulgo impresionable en demasía. Se refiere á la época de D. Alfonso III, llamado *el Magno*, monarca asturiano, cuyo reinado fué un pelear continuo, prosiguiendo la gloriosa epopeya principiada en Covadonga por D. Pelayo, recuperando palmo á palmo, y á costa de torrentes de sangre, el suelo de la patria, por los árabes subyugada.

En una de sus expediciones contra ellos habian seguido á D. Alfonso casi todos los hombres útiles de su reducido reino, impulsados la mayor parte de propia voluntad á exponer su vida en defensa de la pa-

tria y de la religion. Se habian alejado tranquilos, confiando en obtener, como siempre, alguna victoria de fecundos resultados, y ademas seguros de que, dejando bien guarnecidas las fronteras, quedaban á cubierto sus familias y hogares de la saña del enemigo.

Así confiados por la parte de tierra, no se les ocurriera acordarse del mar, del desamparo de la costa, porque, en efecto, los árabes no habian verificado nunca desembarcos en la ribera asturiana, muy accidentada entónces y sin abrigo, y demasiado léjos del centro de su dominacion, que era el reino de Andalucía.

Apénas se habia pronunciado hasta entónces en Astúrias el nombre de los piratas normandos, terror de otras costas de Europa, juzgándose generalmente como exageraciones de cuento las fechorías horribles que se atribuian á aquellos aventureros, quizás por lo remoto de los lugares á que se referian, y sobre todo por la escasez ó nulidad de comunicaciones con dichos lugares. Figuraos, pues, el asombro que produciria en los habitantes de la ribera de Astúrias la aparicion de un sinnúmero de embarcaciones de forma achatada, nunca vista por ellos, las cuales, llevando izada bandera negra, signo de muerte y exterminio, se acercaban hendiendo rápidamente las olas, y salvando sin temor cuantos escollos encontraban.

Tripuladas por hombres cubiertos de hierro, aquellas naves parecian monstruos abortados de los abismos

del mar, monstruos cuyas férreas escamas resplandecian con fulgor siniestro al reflejo opaco del sol poniente.

No era cuento; era realidad: allí estaban los terribles normandos, los piratas, sin más ley que la fuerza, sin más afan que el de la codicia, sin otro objeto que el del pillaje. ¡Y allí no habia hombres para defender á las mujeres, á los niños y á los ancianos! ¡No habia defensores para el hogar, ni para la honra, ni siquiera para el enfermo y el desvalido!

Los normandos devastaron, cual torrentes de fuego, todas las florecientes comarcas que se descubrian desde el cabo de Peñas, el punto más alto de la costa, situado entre Gijon y Avilés. Los templos, las viviendas, los frutos, los ganados, todo fué pasto de la voracidad de aquellas fieras con forma humana. Las llamas del incendio iluminaban sus hueilas, y el llanto de desesperacion las seguia. Asesinaban á los viejos y cautivaban á las mujeres, arrancaban de sus brazos á los niños, y ni aún tenían piedad para las madres que querian llevarse al cautiverio á sus pequeñuelos, ni para los hijos que preferian ser muertos á separarse de sus madres.

Pero no todos los niños eran tan pequeños y débiles que en trance tan supremo pudieran resignarse á aumentar el número de las víctimas. Al ménos perecerian defendiendo á sus madres y hermanos, y la justicia de Dios no dejaria de duplicar su esfuerzo.

II.

Sin duda sabréis que durante aquellos tiempos de guerra continua, en la educacion de los muchachos ántes se procuraba el desarrollo de las facultades del cuerpo que el ejercicio de los dones del entendimiento. Solian poner por firma los nobles el sello de la cruz de su espada, desdeñando aprender la escritura, y las clases del pueblo no aventajaban á los nobles en el deseo de instruirse. Derribar al contrario con mano diestra y vigorosa de un solo mandoble ó de un bote de lanza, era el más preciado de los méritos que pudiera mostrar quien aspirase al aprecio de sus conciudadanos.

Por consiguiente, no ha de extrañaros que entónces hubiese muchachos de trece y catorce años muy capaces de habérselas con hombres de pelo en pecho, ó siquiera de infundirles algun respeto. La destreza y la agilidad bien podrian suplir á la fuerza. Y ahora veamos cómo osaron resistir á los terribles piratas los pocos de dicha edad que en aquellas comarcas quedáran.

Los normandos se habian dividido en dos grupos para el ataque de las alquerías y pequeñas poblaciones inmediatas á la costa, no atreviéndose á penetrar en el interior porque no conocian el terreno, y temiendo tambien que no fuesen completamente ciertas las noticias que tenian de no haber quedado en el país guerreros capaces de hacerles frente desde la

partida de Alfonso III contra los árabes. El grupo ménos numeroso permaneci6 custodiando las naves, en tanto que los demas se dedicaban al pillaje con una prontitud y eficacia que justificaban su fama de bandidos.

Habian asesinado ya á varios ancianos y muchachos que osáran resistirlos al ver los atropellos que cometian con sus familias, y no satisfechos con el botin recogido, se dirigieron á asaltar un monasterio, llamado de San Salvador, que existia cerca del lugar donde los gijoneses celebran hoy la renombrada romería de Begoña. En aquel monasterio solian tomar el velo de esposas de Cristo las viudas y huérfanas de la nobleza, abundando en su templo reliquias preciosas y ofrendas de valía que le prodigaban los reyes y magnates.

Allí, dentro de los muros sagrados, se hallaba, entre otras religiosas, la hermana de Ramiro, y Ramiro era el más valiente de los jóvenes que se hubieran opuesto á los piratas, salvando milagrosamente la vida á favor de la confusion de los primeros momentos, sin duda porque le destinaba la Providencia á ser el instrumento de su justicia en el castigo de los malvados.

Ramiro áun no cumpliera quince años, y por eso el Rey no habia permitido que le acompañase á la guerra. Era hijo de uno de sus capitanes más queridos, muerto en glorioso combate, y vivia solo con su madre. Esta corri6 desolada al monasterio á

arrojarse á las plantas de aquellos caribes, porque la importaban ménos los ultrajes y peligros propios que los peligros y ultrajes que iba á sufrir la hija de sus entrañas.

Ramiro, con la serenidad de un héroe y con la decision de un hombre acostumbrado á las luchas más terribles de la vida, acude, vuela de un lado á otro, reúne á sus dispersos compañeros, y con el auxilio de algunos criados, forma una tropa de cuarenta ó cincuenta combatientes, si mal provistos de armas muy resueltos de ánimo.

Entretenidos la mayor parte de los normandos en el saqueo, dieron lugar á que el novel capitán mostrase en seguida sus condiciones sobresalientes para la guerra, pues cayendo como un rayo sobre las naves amarradas á la costa, dieron muerte á los que las guardaban, incendiaron algunas, se ciñeron las armas de los muertos, y enardecidos con el triunfo, tornaron sobre sus pasos á acometer como leones á los sacrílegos que, despojada la iglesia, invadian ya los claustros y las celdas del monasterio.

Ramiro y sus amigos encontraron profanados los altares, derribadas muchas imágenes y amontonadas en el suelo las reliquias y las vestiduras, llegando á sus oídos los desgarradores lamentos de las religiosas entre las carcajadas y blasfemias de los piratas.

Entónces, invocando el nombre de Dios y el de su Santísima Madre, con una exaltacion sobrenatu-

ral, infundiendo á sus compañeros su valor milagroso, acometen, luchan, hieren sin descanso á sus enemigos, que se defienden sin poder rehacerse, á causa de lo imprevisto del ataque: por cada combatiente que cae de los vengadores caen veinte de los sacrílegos, que se herian unos á otros engañados por la oscuridad de la noche ó cegados por la mano de Dios, que es lo que dice la tradicion.

Pocos piratas consiguieron librarse de la muerte, abandonando todo el botín, y sin poder llevar á sus naves ningun cautivo. Poseidos de un pánico indescriptible, no creian haber sido vencidos por una pequeña tropa de muchachos, sino que el ejército de Alfonso III habia caído sobre ellos. Y no volvieron á aparecer en el mar de Astúrias aquellas naves que semejaban monstruos cubiertos de escamas de hierro, ni fué preciso que otros niños tuviesen que emular las hazañas de los héroes más renombrados, ejemplo perenne de abnegacion por la patria, por la religion y por la familia.

Cuando el Rey, á su regreso de la guerra, se enteró de suceso tan asombroso, premió á Ramiro armándole caballero por su propia mano y concediéndole otras mercedes de gran valía, juntamente con sus compañeros de gloria. Su madre y su hermana derramaban lágrimas de agradecimiento y de nobilísimo orgullo. Dentro del monasterio de San Salvador se erigió una capilla denominada de *la mano de Dios*, y si la accion del tiempo no hubiera al fin destruido

tan famoso edificio, hoy podriais visitarle, amigos mios, con la veneracion que inspira su recuerdo; recuerdo que, por fortuna, no podrá bor-

rar nunca el tiempo, viviendo en la memoria de los religiosos habitantes de aquellas comarcas.

LUCIANO GARCÍA DEL REAL.

DINERO.

Vida anuncian al árbol
Las hojas verdes;
Las que de oro se visten
Le anuncian muerte,
Son las riquezas
Secas hojas de otoño:
La muerte llevan.

Da el oro á la moneda
Preciado brillo.
Y el cobre en ella envuelto
Veneno activo.

¿A qué te afanas,
Si al guardar el dinero
Veneno guardas?

Trabajo es en la vida
Juntar dinero,
Y el dejarlo, en la muerte
Pena y tormento.

Tambien es llave,
Que, empleado en limosnas,
Los cielos abre.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.



EL VIDRIO.

La casualidad ha hecho descubrir esta admirable sustancia, tan útil, tan cómoda y de tan hermoso brillo. Un sabio muy antiguo, llamado Plinio, que nació en el año veintitres de la Era cristiana, cuenta que unos mercaderes, al atravesar la Fenicia, encendieron lumbre en las orillas del rio Belus para cocer sus alimentos. Hicieron trébedes con el adobe de una planta marítima llamada *natron*, y la mezclaron con arena.

Esa mezcla se deshizo al momento, y vieron correr un arroyo de fuego; y cuando esta materia se hubo enfriado, admiraron su dureza y transparencia.

Si hemos de creer esta version, el vidrio habria sido conocido mil años ántes de la Era cristiana; pero en la antigua Grecia no le usaban, y sólo empezaron á servirse de él en Roma durante el primer siglo de Jesucristo.

El vidrio se hace con guijarros y potasa ó sosa. Estas materias, una vez bien molidas, se exponen juntas á un fuerte calor durante treinta horas; si se las añade minio, se obtiene mejor vidrio, que entónces toma el nombre de cristal. De éste se fabrican las arañas y los vasos ó jarrones finos que se quieren tallar. Una vez fundida la mezcla de arena y sosa, se puede moldear de mil modos y recibir todas las formas que se la quie-

ran dar. Una porcion ó parte de esta materia se pone al extremo de un largo tubo de hierro, se retira del fogon ú hornillo, se sopla por el tubo; el aire que penetra se introduce en el interior del trozo de vidrio rojo y líquido, le infla y produce una bola gruesa bastante parecida á las pompas de jabon que se hacen con un canutillo de paja. Cuando la bola de cristal es bastante gruesa, el obrero la arrolla sobre una mesa de bronce con el objeto de alargarla. Despues corta las dos extremidades, abre el trozo á lo largo y lo extiende sobre una mesa, donde queda formando un trozo cuadrado y delgado. Hé aquí los cristales que se emplean para las vidrieras.

Las botellas se hacen con arena, potasa, un poco de sal y otro poco de cal. El obrero sopla una bola, que coloca en un molde de hierro que tiene la forma y el volúmen de la panza de la botella. El peso de la bola alarga en forma de gollete la parte saliente del molde. Para terminar este gollete se corta la botella á lo largo, se une el tubo al otro extremo de la botella, á la panza; se vuelve á poner al fuego por el cuello con el objeto de enrojecerla y poder soldarle una cinta de vidrio fundido; se lleva despues la botella á un horno cuyo fondo tenga un fuerte calor. Se coloca sobre una especie de trébedes

en el sitio más caliente, y se aleja despues gradualmente del hornillo para que se enfrie. Esta operacion se llama recocer, y sin ella el vidrio sería demasiado frágil y se rompería al menor choque.

Los espejos se echan tambien, colados ó líquidos, sobre grandes mesas horizontales de metal, y se pasa un rollo, igualmente de metal, sobre la superficie; miéntras que la materia está aún líquida. Para pulimentarlos se coloca uno sobre una mesa, donde se le fija con yeso; otro espejo ajustado en un marco se coloca sobre el primero. Entre esos dos espejos se echa arena mojada, y despues esmeril. Al comunicar al espejo superior un movimiento de vaiven se pulimentan los dos á un tiempo, y se da la última mano con el óxido de estaño ó de hierro.

Este hermoso trozo de cristal tan bien pulimentado no es todavía el espejo, y es preciso terminarle. Para esto se aplica una hoja de estaño muy delgada y muy igual sobre una mesa de mármol; esta plancha se cubre con una capa de mercurio. Los dos metales se unen y amalgaman; entónces se presenta el borde del espejo, y se le hace pasar con precaucion sobre esa amalgama, de modo que no haya ninguna burbuja de aire entre el metal y el espejo; despues se pone sobre el espejo un peso considerable; la presion rechaza el excedente, y cuando no queda más que la cantidad necesaria pegada al cristal, el espejo está hecho. Sin embargo, se espera un poco ántes de levantarlo, para que la amalgama quede bien adherida al espejo.

TH. LEBRUN.

LOS RECUERDOS.

Al llegar á las puertas de la vida,
Al ver un campo de esperanzas lleno,
¿Por qué el alma del niño dolorida
Su llanto vierte en el materno seno?

Ese tributo de la edad primera
Es un recuerdo al corazon querido;
Es un recuerdo que en el alma impera
De otro mundo mejor que hemos perdido.

Y cuando luégo hácia la muerte vamos,
Hartos del mundo y de su farsa odiosa,

¿Por qué con nuevas lágrimas turbamos
La quietud de las tumbas misteriosa?

Ese tributo de la vida incierta
Es un recuerdo que jamas perdemos;
Es el recuerdo que el dolor despierta
Los seres al dejar que más queremos.

Siempre el recuerdo al corazon es grato:
Recuerdos llora si á la vida avanza;
Pierde la vida y llora el insensato
Un recuerdo, al cumplirse su esperanza.

JUAN P. DE GUZMAN.





EL GALLO.

Esposo y rey de sus hermanas las gallinas, el gallo marcha á la cabeza de ellas y les impone la ley. Una cresta purpurina adorna su frente ré-

gia, y sus negros ojos lanzan rayos desde léjos; un brillante plumaje pinta su cuerpo y sus alas, dora su cuello arrogante, y flota como un pena-

cho; su cola se mueve, sombreando á veces la cabeza, y rudos espolones arman sus patas nervudas.

Reverenciado antiguamente por los griegos y los romanos, el gallo era el intérprete consagrado á los dioses; pero omito enumerar sus horrores para relatar sus servicios.

Cuando la aurora trae las primicias del dia, blanqueando con su luz los montes y campos, el gallo canta

como heraldo del sol, á quien llama, anuncia y rinde homenaje; marca el curso de la noche y del sueño, fija el trabajo, el descanso, la hora del despertar, y es una medida viviente del tiempo.

Activo siempre y vigilante, defiende al pueblo puesto á su cuidado, y como rey sensible y tierno cabeza de familia, acude á todas sus necesidades.

ROSSET.

ESCENAS INFANTILES.



¡Vaya si es presumido el niño! Una vez le hizo su mamá mirarse al espejo, y siempre quiere estar contemplando su gallarda figura. Más que la belleza física debe contentar al niño la belleza moral. No es ningun mérito ser hermoso, pero sí lo es ser bueno.



EL SANTO VIÁTICO.

¿Qué sentís en vuestro corazón, queridos lectores, al oír el eco seco y vibrante de la campanilla del Santo Viático? ¿No sentís que el temor y el recogimiento embargan vuestra alma, y que ésta se eleva á contemplar la grandeza de Dios y la infinita pequeñez del hombre? Pues bien, al oír esa campanilla va á consumarse uno de los más grandes actos de la religión católica, que es la más cariñosa y la que une á los hombres con los lazos más fraternales. El Dios de grandeza y de poder va á visitar y á fortificar á un enfermo, á un desvalido. ¡Oh, qué cariño demuestra tener Jesucristo á los hombres en este gran acto! *Él*, el supremo poder, la grandeza y la majestad, va con su santísimo cuerpo á animar el de una criatura á quien los hombres no le pueden dar la vida, y que muchas veces le abandonan. Mi inteligencia no encuentra palabras bastantes para su elogio, porque el bosquejo que yo haga será pálido en comparación de su magnitud.

Dicen algunos que impone y que agrava las enfermedades, porque sólo se administra á los que van á morir. Eso podrá ser á los que tienen el alma tímida y cobarde; pero al que alienta verdaderos sentimientos religiosos no le impone, antes le da valor y constancia para sufrir los dolores de su enfermedad y desarrolla

ante sus ojos el panorama de una vida más feliz que la mísera y perecedera que va á dejar, dado caso que muera. No puede agravar la enfermedad, porque hace renacer la fe y la esperanza si se hallan adormecidas; y así como el remedio no agrava la enfermedad, no la puede agravar, puesto que todos son miramientos y atenciones para el enfermo y carece de toda ceremonia imponente. La experiencia me ha demostrado que ni la libertad ni la tolerancia de cultos pueden borrar de nuestra querida é infeliz España nuestras costumbres ni nuestros sentimientos religiosos, y hoy, lo mismo que ayer, todos descubrimos la cabeza é hincamos la rodilla ante el Santo Viático.

Recordaré ahora, para terminar, hechos históricos célebres: yendo Rodolfo, conde de Hapsburg, á caza con su escudero, se encontró en un bosque al Santo Viático, y apeándose ambos de sus caballos, hizo subir en ellos al sacerdote y al sacristan que le acompañaba, llevando ellos mismos los caballos del diestro. Carlos II, conocido por *el Hechizado*, era de un natural enfermizo; un día se asomó á las ventanas del alcázar, y vió que hacía un hermoso día, y que el paseo de la Florida (que era entonces el mejor y más concurrido) estaba cuajado de carruajes y paseantes; dispuso salir, cuando al po-

co rato de estar en el paseo vió todos los coches detenidos, y que su guardia chamberga, rodilla en tierra, postraba los arcabuces; se asomó á la ventanilla, y notando que el Santo Viático iba á pié, se bajó del coche, le ofreció al Santísimo, y él mismo, rodilla en tierra, abrió la portezuela, yendo á pié hasta el soto

de Migas Calientes, y luégo hasta San Márcos. Todos los reyes de España han seguido despues esta piadosa costumbre, comprendiendo que por muy poderosos que sean los reyes de la tierra, tienen que reconocer en la humildad del Rey de los cielos su superioridad infinita.

EUGENIO GARCÍA NADALES.

FRAGMENTOS MORALES (1).

LIX.

Contra la ley que dimana
De la voluntad divina
Nada alcanza, aunque se afana,
La pobre impaciencia humana
Que á un imposible camina.
Inútil es, pues, su anhelo,
Si de perfeccion en pos
Marcha el hombre con desvelo:
Su suerte, escrita por Dios,
Se halla en el libro del cielo.

LX.

Así, cual los vapores
Que de la tierra emanan,
Conviértense en rocío,
Que vuelven á regarla,
Así las oraciones
Que al cielo se levantan
Descienden convertidas
En bendiciones santas.
La flor con el rocío
Su puro aroma exhala,
Y el corazon del hombre
De Dios la gloria canta.

LXI.

Para llegar al límite que anhela
Toda la especie humana,
No basta que ejerzamos las virtudes
Si la ciencia nos falta.
Multipliquemos todos sus verdades
Y brille su luz clara,
Pues sería, la ciencia no existiendo,
Forzoso el inventarla.

LXII.

Para probar un carácter
Y el valor aquilatar
Hay tres medios: la fortuna,
El brillo y la adversidad.

LXIII.

La herida que hace una espada
La honra del hombre no amengua
Y puede verse cerrada:
En cambio no cura nada
A honor que hiera la lengua.

LXIV.

El pobre en la economía
Y en la virtud puede hallar,

(1) Véanse los tomos anteriores de Los Niños.

Lo mismo que pierde el rico
En la prodigalidad.

LXV.

Un proverbio judío recomienda
Como infalibles reglas al prudente :
No interrogar ni promover contienda;
Escuchar á los otros indulgente ;
Que una pregunta necia no le venda ;
Responder oportuna y sobriamente ,
Y, sin falsa modestia ni jactancia ,
Confesar, si es preciso, su ignorancia.

LXVI.

Ántes de empezar á hablar
Debes al contrario oír :
Tal vez podrás evitar
Una discusion seguir
O un absurdo sustentar.

LXVII.

Con razon ó sin razon ,
Que la precipitacion
Nunca en tu conducta mande :
Sólo quien se vence es grande
Si acude á la reflexion.
No lo olvideis un momento ,
Y sabed que va detras
Del irreflexivo intento ,

Punzante arrepentimiento
Que no abandona jamas.

LXVIII.

La razon, dón singular ,
Sólo sirve, en mi sentir,
Mucho para destruir ,
Nada para edificar.
Pues, si tan triste mision
Tiene en la existencia humana ,
¿ Para qué se muestra ufana
De su poder la razon ?

LXIX.

Forman nuestras pasiones
Ruda cadena :
Un eslabon termina
Y otro comienza.
Y todos ellos
Nos tienen oprimidos
Y prisioneros.
¿ Quereis saber, oh niños,
Cómo libraros ?
Pues nada más sencillo
Ni más barato :
Ántes que ahoguen,
Limad con las virtudes
Los eslabones.

M. OSSORIO Y BERNARD.



LA RAZON Y EL INSTINTO EN LOS ANIMALES.

(Continuacion.)

Cuando una avispa se halla cogida en una tela de araña, ésta parece prever todo el peligro que correría si se expusiese al aguijón de su enemigo; así es que evita cuidadosamente todo contacto inmediato, y le rodea con sus hilos de modo que la avispa no pueda ni escaparse ni herirla, y sólo cuando está muerta se alimenta con ella.

En las islas Bermudas existen arañas que forman sus telares entre árboles separados por una distancia de más de un metro. Lanzan sus hilos al aire, y el viento los lleva de un árbol á otro. Cuando su tela está terminada es tan fuerte que los pájaros quedan cogidos en ella. Es un hecho reconocido hoy día que las arañas lanzan un hilo al aire para facilitarse cualquier objeto que se halle á una distancia difícil de alcanzar.

Se ha notado, y esto es exacto, que todas las obras dignas del hombre se hallan imitadas en los animales. Si queremos contemplar una hermosa arquitectura, observemos los trabajos de la abeja y otros insectos. El tejedor podría instruirse con las telas de las arañas. La perseverante industria de la hormiga se cita como modelo, no solamente por Salomon,

sino también por los antiguos poetas.

Los artificios y las estratagemas empleadas por los animales merecen nuestra atención, pues demuestran los esfuerzos de una naturaleza tímida y débil para asegurar su propia conservación, y más generalmente aún, para defender la existencia de las nacientes razas. A muy pocos de ellos les es dado alcanzar este objeto únicamente por la fuerza física; pero todos los seres suelen tener la facultad de proteger á sus pequeñuelos contra los peligros que les rodean, aunque los medios que emplean para ello nos sean con frecuencia desconocidos. El pobre abejarruco, que no tiene ni el pico ni las patas bastante fuertes para rechazar las agresiones del más débil enemigo, tratará, sin embargo, de intimidar á sus perseguidores por medio de amenazas. Construye invariablemente su nido en el agujero de una pared ó tronco de un árbol, y como la pequeñez de su cuerpo le permite pasar por las más estrechas hendiduras, puede perfectamente librarse de los que pudieran incomodarle. Si algún muchacho travieso quiere sorprenderle ó asustarle, en el momento en que introduce un dedo por el agujero donde tiene su nido lanza

una especie de silbido tan extraño y que se parece tan poco al canto habitual de los pájaros, que el niño retira al instante la mano temeroso de que sea alguna serpiente.

Nada demuestra de un modo más terminante y visible los cuidados de una sabia Providencia para la conservación de los seres creados, como las precauciones adoptadas por varios animales para sustraerse á la observación. La inteligencia en los medios que emplean es tal, que á veces suelen cambiar el exterior de su morada cuando se aperciben de que ésta ha sido descubierta. Esto sucede, sobre todo, en las especies más débiles, que naturalmente necesitan ser protegidas. El águila sostiene sus desplegadas alas en el aire á una inmensa altura, construye su nido sobre las rocas, y parece desafiar la crueldad del hombre, mientras que el tímido reyezuelo, que parece abandonado á su debilidad, halla, sin embargo, los recursos necesarios á su conservación y á la de su especie. ¡Qué asunto tan inagotable de admiración para todo espíritu reflexivo!

Sin embargo, la naturaleza no sigue invariablemente el mismo camino, según pretenden algunos, y se ven algunos casos que merecen ser citados como curiosas excepciones de la regla general.

Una golondrina que se había instalado en el jardín de un rico propietario escogió para construir su nido el ángulo de un cobertizo ó cochera. Como dicho ángulo no tenía

reborde alguno ó piedras salientes sobre las cuales pudiese sostener su construcción, nuestro pequeño arquitecto trató de hallar los medios de obviar este inconveniente, y se le vió llevar tierra arcillosa, con la cual hizo un reborde ó punto de apoyo á cada lado de la pared y á muy corta distancia del rincón. Después colocó atravesado un madero muy ligerito, cuyas dos extremidades descansaban sobre aquella mampostería improvisada, y en aquel rinconcillo triangular estableció su nido sobre bases sólidas. La persona que lo ha visto garantiza la exactitud de estos detalles.

Una curruca (*silvia hortensis*) había construido dos veces seguidas su nido en la hiedra del muro de un jardín, y los fuertes vientos habían destruido el fruto de su trabajo. En su tercer ensayo quiso remediar la repetición de semejante desastre, y ató una vedija de lana á una rama de hiedra, después la tejió alrededor del nido, y ató el otro cabo á otra rama que estaba al lado de éste.

No parece sino que los pájaros poseen la facultad instintiva de presentir cualquier peligro que les amenace, aunque nada al parecer le haga terrible. Hace algunos años un enorme y soberbio fresno fué derribado por el viento en el jardín del presbiterio de Newcastle, sobre el Cyne. Más de ciento cincuenta círculos concéntricos se contaban en su tronco, é indicaban sus numerosos años. Examinándole de cerca vieron que estaba podrido al lado de su raíz, y que

sólo quedaba sano en el centro un trozo grande como el brazo de un hombre. Una colonia de cornejas habia escogido este árbol para hacer en él todos los años sus nidos. Parece que presintieron su inevitable caída, y tres años ántes que ésta ocurriese desertaron de él sin causa aparente y fijaron su morada en otro fresno cercano.

Los movimientos de algunos pájaros son muy singulares, entre otros los de la nevatilla, los del ruiseñor de muro y del estornino. El petirojo tiene un aire marcial y demuestra mucha audacia; el verderon ó gorrion de éras es tímido y pacífico. El abadejo es inquieto y está siempre en continuo movimiento. El gorrion de jaula se permite una familiaridad que disminuye el interes que nos sentiriamos inclinados á concederle. Me he fijado muchas veces en los pequeños de estos pájaros, cuya intrepidez es tanta, que aun ántes de saber volar saltan por todas partes en las calles buscando las migas de pan y otros restos por los arroyuelos. Adquieren, aun en una edad muy tierna, ese atrevimiento y esa indiferencia para el peligro que son el carácter distintivo del gorrion de ciudad; pero dicha indiferencia aparente no excluye la habilidad que tienen para esquivar una catástrofe, y esto en el momento preciso en que se hace urgente evitarla.

Varios pájaros tienen el instinto, cuando hace frio, de reunirse todos y ponerse uno al lado de otro lo más cerca posible con el objeto de comu-

nicarse calor. Al terminar el otoño vemos á las golondrinas suspendidas como un enjambre de abejas, con las alas extendidas, bajo los rebordes de los tejados. Más de una vez durante el invierno se ha visto á los abadejos aglomerados de este modo. Un célebre naturalista, Allan Cunningham, cuenta el siguiente rasgo:

« En una noche muy fria del mes de Diciembre, y haciendo un tiempo muy nebuloso, me escapé de la casa paterna (tenía entónces diez años) para cazar los gorriones que hacen sus nidos sobre los tejados de bálago que usan en las aldeas. Hacen en ellos unos agujeros iguales á los de las golondrinas en las orillas de los rios. Metí la mano en uno de esos agujeros, y tropecé con una cosa sumamente blanda y caliente; un chillido débil y ahogado me anunció en el mismo instante que aquella cosa tenía vida. Me apresuré á cogerla y llevármela á casa de mis padres para poder contemplarla bien á gusto. Acababa de coger cuatro abadejos vivos, enroscados, juntos, sus cabezas metidas bajo las alas y las patas encogidas, de modo que el exterior presentaba el aspecto de una bola de pluma, de un color ceniciento. He adquirido el pleno convencimiento de que este medio es el que emplean estos pájaros para guarecerse del frio riguroso del invierno. Tal vez me preguntarán ustedes si mi memoria no me engaña en esta ocasion, á lo que debo contestaros que no me es infiel, pues uno de los abadejos, desprendiéndose de la bola, fué á caer

precisamente encima de la luz que tenía mi padre para leer, lo que me valió de su mano uno de esos bofe-

tones que un niño no olvida en la vida.»

(Se continuará.)

M. V. O.

VÍCTIMAS DE LA GUERRA.



¡Pobres criaturas! Su padre ha sido muerto en la guerra fratricida; su hogar ha sido destruido. Mendigando van las dos hermanas, y hallando una cruz bendita en el camino, se detienen á pedir á Dios fuerzas para sufrir su infortunio.

Vosotros, niños rodeados de comodidades y bienestar, acordaos de tantos pobres huérfanos que la guerra deja abandonados y sin hogar, y pedid á Dios que cese pronto esa calamidad, la mayor que puede venir sobre una nación.